

Ludovico Silva

PSIQUIATRÍA, HUMANISMO Y REVOLUCIÓN *

[Biblioteca Virtual Omegalfa](#)

Hace algún tiempo, en "El Nacional" de Caracas publiqué un artículo titulado "Transculturación e ideología" en el que respetuosamente hacía algunas observaciones teóricas a mis buenos amigos, los doctores psiquiatras Fernando Valarino y Alejandro García Maldonado, a propósito de una interesantísima ponencia de ellos sobre el tema de "La transculturación en los países subdesarrollados". La médula de mis observaciones críticas consistió en hacerles ver a estos científicos psiquiatras que, en su exposición, habían dejado de lado, aunque no totalmente, el problema de la ideología. En efecto, a mi juicio, no se puede hacer un análisis, a nivel psiquiátrico, o a nivel de antropología médica, sin tener en cuenta el poderosísimo factor de la ideología dominante, que en este caso es la ideología capitalista reflejada y transformada en los países subdesarrollados.

Quiso la casualidad que en estos días me encontrara yo como paciente en el Hospital Clínico Universitario. El doctor García Maldonado aprovechó la ocasión para invitarme a dictar una charla, o mejor, una conversación, a un grupo de unos veinte psiquiatras que se reúnen periódicamente en la

* El texto procede del libro "*Humanismo clásico y humanismo marxista*", cap.V, de Ludovico Silva, editado por Monte Avila Editores, Caracas, 1982.

sección de Antropología Médica para discutir los asuntos de su profesión. Y en efecto, se dio la divertida situación de que yo, vestido con mis pijamas de enfermo, tuve que improvisar una conferencia a los doctores vestidos con sus batas blancas. El ambiente fue de suma cordialidad. Ellos querían que yo les hablase acerca del concepto de ideología, porque no había quedado demasiado claro, en mi artículo, en qué sentido empleaba yo el término "ideología", que es confuso y multívoco como pocos. Yo les expliqué mi versión marxista del concepto —que es muy particular y heterodoxa, como lo saben bien los lectores de mis libros— y ellos quedaron satisfechos. Sin embargo, se me quedaron en esa caja de oro del cerebro numerosas cuestiones, que ahora quiero explicar con algún detalle para el gran público, pero en especial para psiquiatras, filósofos y científicos sociales.

* * *

Si existe una teoría de la ideología, ello se debe a Marx y Engels. El concepto se manejaba desde finales del siglo XVIII, pero nunca, salvo en el caso genial de una frase de Napoleón ante el Consejo de Estado en 1812, tuvo una aceptación digna de constituir una teoría en sentido estricto. Para los "ideólogos" franceses, con Destutt de Tracy a la cabeza, el término que inventaron, "ideología", no significaba otra cosa que una vaga "ciencia de las ideas", que era una especie de psicología naturalista con la pretensión de estudiar las ideas en el cerebro del mismo modo que el botánico estudia las particularidades de una planta. Napoleón, enemigo político de estos ideólogos, le dio un vuelco al concepto, y por primera vez identifica la "ideología" con la falta de sentido histórico. De concepto vagamente psicológico, pasó la ideología, con el golpe de sable del emperador, a significar falsa conciencia, para decirlo con el término hegeliano que emplearían Marx y Engels más tarde. Hacia 1845-46, Marx y Engels escribieron "La ideología alemana", en cuya primera parte (que desgraciadamente permaneció inédita hasta 1932) hay los lineamientos de una teoría de la ideología, ligada ya, no a la psico-

logía, sino a la filosofía y a la nueva ciencia social que estaba naciendo en ese escrito: lo que luego se llamó materialismo histórico, es decir, el marxismo. Esta teoría no fue nunca abandonada por Marx y Engels, y de diversas maneras la aplicaron, como es el caso de "El Capital" de Marx, cosa que por cierto ha sido muy poco estudiada. En la editorial del Ateneo de Caracas, apareció una vasta antología elaborada por mí, titulada "Teoría de la ideología", donde se demuestra con los textos en la mano que esta teoría fue asunto de toda la vida de Marx y Engels. Este último se ocupó de ella hasta sus postreros días, en unas cartas memorables.

Marx y Engels elaboraron una teoría que, según mi interpretación (los textos dirán si tengo o no razón), cataloga a la ideología como el pensamiento típicamente conservador y antirrevolucionario, de manera que hablar de una presunta "ideología revolucionaria" es un contrasentido. En el siglo XX, acaso por desconocer "La ideología alemana", Lenin y otros difundieron la idea de que, así como había una ideología burguesa, reaccionaria, también había una ideología revolucionaria, representada por la conciencia proletaria. Esta posición de Lenin se difundió ampliamente, y es la que aún hoy priva entre círculos marxistas y no marxistas. Contra ella me he estrellado yo siempre que en mis conferencias y libros he intentado convencer al público de cuál era el verdadero pensamiento de Marx. En nuestro siglo, muchos autores ilustres se han ocupado de la ideología, desde Karl Mannheim hasta Sartre, pasando por Lukács, Korsch, Barth y otros. Según mi paladar, tan sólo algunos filósofos de la Escuela de Francfort, particularmente Marcuse y Horkheimer, han logrado captar el verdadero pensamiento de Marx acerca de la ideología. En 1970, en mi libro "La plusvalía ideológica" me atreví a perfilar ese concepto heterodoxo de la ideología. Dos años más tarde, en 1972, apareció el libro de Marcuse "Contrarrevolución y revuelta" y su "Ensayo sobre la liberación", donde se hacían planteamientos semejantes a los míos. Digo esto para salirle al paso a ciertos críticos que me han

acusado de copiar las ideas de Marcuse, cuando en realidad, dicho sea con toda la pedantería del caso, yo expuse esas ideas antes que Marcuse. La idea, por ejemplo, de que el lugar individual de la ideología es el preconsciente psíquico, y de que su lugar social son los medios de comunicación, que Marcuse expone en 1972, la había yo expuesto dos años antes. Pero lo que interesa destacar en este caso es un hecho: que todas las teorías contemporáneas de la ideología parten de Marx, ya sea para confirmarlo, ya para refutarlo o distorsionarlo. Conviene, pues, perfilar, aunque sea a grandes rasgos —y sin temor a repetir, con algunas variantes, lo que otras veces he escrito— el carácter de esa teoría de la ideología.

* * *

Según Marx, la sociedad en su conjunto se puede visualizar científicamente como una estructura, una totalidad orgánica. Aguzando más la mirada, se pueden distinguir, analíticamente, dos niveles: el de la estructura material propiamente dicha y el de la superestructura. La estructura está compuesta por el aparato material productivo, la infraestructura tecnológica, las relaciones de trabajo, la maquinaria, etc. ¿Y la superestructura? Aquí está nuestro problema. Según los manuales de marxismo, en especial los soviéticos, la superestructura es algo que está "montado" "por encima" de la estructura; es otro "nivel" o "estrato". Su composición sería la de toda la espiritualidad de la sociedad, y en la superestructura estarían incluidos por igual la ciencia y la religión, la moral y el arte, la filosofía y la política, etc. Es cierto que hay algunos textos de Marx y Engels donde este asunto queda ambiguo. Pero, en la antología antes mencionada, esos textos suman tan sólo un 10%, mientras el restante 90% de los textos alude a otra concepción mucho más estricta y rigurosa, que es la verdadera teoría marxista de la ideología. Según esta teoría, en primer lugar, la llamada "superestructura" no es más que una metáfora inventada por Marx. Ni siquiera emplea el vocablo *Superstruktur*, sino el de *Ue-*

berbau, que significa algo así como "edificio" o "partes altas de un edificio", los andamios incluidos. Los cimientos o fundaciones de ese edificio constituyen la estructura de la sociedad. Pero los manuales, y no sólo los manuales, han interpretado esta metáfora como si fuese una explicación científica, según traté de demostrar en mi libro "El estilo literario de Marx". El verdadero pensamiento de Marx no concibe a la superestructura como un nivel situado por encima de la estructura, sino por el contrario, como una *continuación interior de la estructura*. Como ha dicho agudamente Marcuse, "la ideología está dentro del proceso mismo de producción". Así, la ideología jurídica, con sus justificaciones casuísticas de la propiedad privada, con sus contratos entre obreros y capitalistas según los cuales el trabajo es "legítimamente" pagado por el salario, está dentro del aparato de producción, en el interior mismo de la fábrica, en eso que Marx llamaba "el taller oculto de la producción". La ideología jurídica justifica así, ideológicamente, las "ganancias" del capitalista, y oculta la relación secreta y real, que es la extracción de plusvalía, de trabajo no pagado. También la ideología religiosa opera en el interior de los conflictos sociales, para convencer a los miserables de este mundo, a los marginados de la sociedad, de que la verdadera riqueza "no es de este mundo", con lo cual se le da carta de santidad a la pobreza y a la explotación. La ideología actúa, pues, en el interior del aparato productivo, y también en nuestro interior, en nuestra psique. Pero acerca de esto último hablaré más adelante.

¿Cuál es la composición real de la superestructura? ¿Cuáles son los elementos de ese "edificio", esa apariencia social que se levanta sobre la estructura socioeconómica? La leyenda de los manuales, que desgraciadamente adoptan casi todos los marxistas del mundo, es la de que la mal llamada "superestructura ideológica" incluye todas las manifestaciones espirituales de la sociedad: sería algo así como la "conciencia social". Pero esto es enteramente falso. La superestructura tiene dos grandes regiones específicas. Una región,

que constituye propiamente la ideología dominante de la sociedad, y otra región, que constituye la *cultura* de esa sociedad. Ideología y cultura se contraponen frontalmente. La ideología es un sistema de valores, creencias y representaciones fetichizadas cuya misión es preservar, ocultar y justificar idealmente —en las cabezas mismas de los hombres— un orden social de explotación y desigualdad que tiene lugar en la estructura material de la sociedad. Todas las sociedades que la historia conoce se han basado en la explotación del hombre por el hombre, y por tanto han segregado su propia ideología justificadora, su falsa conciencia. En las sociedades primitivas, la ideología religiosa se encarga de justificar, con argumentos mágicos, la división del trabajo entre los "sacerdotes" (a quienes Marx llamaba "los primeros ideólogos") y los encargados de la dura faena de procurar la producción material. En la Grecia clásica, Aristóteles se encarga, en su *Política*, de justificar ideológicamente la esclavitud. El esclavo lo es "por naturaleza", o *physei*, como dice Aristóteles. Los ciudadanos son la cabeza de la sociedad, y los esclavos son sus brazos, su aparato productivo. Y así podríamos recorrer toda la historia universal, que es la historia de la explotación y de sus justificaciones ideológicas. Cabe preguntarse si en una futura sociedad socialista, una sociedad mundial que verdaderamente haga realidad la utopía concreta de Marx, una sociedad realmente sin clases y sin alienación, subsistirá la ideología. O si subsistirá la alienación en general, pues la ideología no es sino un subconjunto de la alienación. Althusser, en su *Pour Marx*, responde tajantemente: en la sociedad sin clases y sin explotación tendrá que haber ideología. Pero esta afirmación proviene de la gigantesca confusión que padece Althusser —y de la cual son esclavos sumisos todos nuestros althusserianos académicos— sobre el concepto marxista de ideología. Según el pensamiento de Marx, extraído de sus escritos y no de interpretaciones, la verdad es que en una futura sociedad sin clases, una sociedad plenamente socialista y mundial, la ideología no va a desaparecer totalmente, *pero sí dejará de ser el elemento*

dominante de la superestructura social. El ser humano, como la sociedad misma, no puede nunca ser perfecto; la perfección es intolerable. Pero la sociedad humana tiene el derecho y el deber (es el gran mensaje de Marx) de aspirar a un orden donde el elemento dominante no sea la explotación del hombre por el hombre. El gran sueño socialista, que es el más hermoso de la historia después de la revolución de Cristo, tiene derecho a aspirar a un orden social en el que la alienación, y por tanto la ideología, no sean los factores dominantes de la sociedad, sino restos de un pasado, efectos de la natural imperfección de los hombres. Para llegar a ese magnífico estadio, en el que la doctrina de Marx desaparecerá, se fundirá —como él quería— con el pueblo, con la humanidad, o, como diría Sartre, *devendra monde*, se necesita pasar por muchos años, siglos tal vez, de dura y sangrienta transición hacia el socialismo. Yo soy el primer crítico de las imperfecciones de los socialismos actuales, y hechos como el de Afganistán o Checoslovaquia me parecen profundamente antisocialistas; pero soy también un escritor, un pensador que trata de ver por encima de las apariencias de la historia. Si el socialismo actual es imperfecto y a menudo se confunde con el capitalismo imperialista; si el socialismo sigue manteniendo la alienación humana, ello no se debe a una imperfección íntima de la utopía concreta socialista, ello no se debe a un fracaso de las predicciones de Marx, sino que el proceso, el paso de un modo de producción a otro, no es algo que se logra en unas pocas décadas, ni en un siglo. Pasar, como pretendía Marx, de la “prehistoria” humana a su verdadera “historia” no es cosa de tres o cuatro revoluciones; es un largo proceso, sangriento a veces, cuyo escenario es el mundo entero, pues el socialismo no podrá ser verdadero socialismo sino cuando sea mundial. La sociedad capitalista, que es la que domina, es la encargada de poner las bases materiales y espirituales para el advenimiento del socialismo. La predicción de Marx, mirada con altura histórica, sigue en pie. Hay que saber mirar estas cosas con mirada de largo alcance histórico, para no caer en las tentaciones de la pequeña política, las guerras

frías, las esferas de influencia, las invasiones injustificadas, las pseudorrevoluciones, etc. El socialismo es el futuro de la humanidad, e inevitablemente tendremos que llegar a una sociedad que no esté fundamentada en los valores de cambio, sino en los valores de uso. Ha habido, antes del capitalismo, sociedades basadas en los valores de uso; pero esa dignidad alcanzaba, como en Grecia, tan sólo a una parte de la población, *los politai*, los ciudadanos. Sin embargo, en la esfera de la cultura, que como dije antes es la opuesta a la ideología, ya esas sociedades basadas en el valor de uso nos enseñaron cómo el artista estaba identificado con los valores de la sociedad; el poeta o el arquitecto griegos estaban íntimamente ligados a los valores de la *polis* o ciudad-Estado; no estaban alienados. En cambio, en la sociedad capitalista, por primera vez en la historia, el artista y el poeta se enfrentan hostilmente a los valores de su sociedad. La historia de la poesía moderna es la historia de una serie de amargados, seres extrañados en total incompatibilidad con su sociedad. Balzac contra sus acreedores, describiendo en sus novelas la podredumbre del dinero; Budelair contra la burguesía parisina; Rimbaud contra el cristianismo y los rentistas; Eliot contra la aridez de la sociedad; Villon contra la *courtoisie*; Quevedo contra los reyes y “don dinero”; Jorge Guillén contra la “economía-producto”; Antonio Machado y Miguel Hernández contra la prostitución del alma española; los ejemplos serían infinitos. Samir Amin, el economista africano, nos da una genial y profundamente marxista definición de la cultura:

“La cultura es el modo de organización de la utilización de los valores de uso”.

Por eso no se puede hablar, propiamente, de cultura de la sociedad capitalista, sino de contracultura, porque “el capitalismo es esencialmente hostil a todo arte”, como decía Marx, y porque el arte moderno es una requisitoria despiadada y amarga contra la sociedad capitalista. Naturalmente que puede haber —y los hay a montones— artistas y científicos *ideologizados*, que ponen su arte y su ciencia al servicio del

capital; pero esos no son verdaderamente entes culturales, entes con la misión de poner al descubierto las relaciones ocultas de la sociedad. El único artista o científico verdadero de esta época es el que asume su labor como una contracultura.

* * *

Todo esto lo escribo pensando en mis amigos psiquiatras. También es cierto que pienso en mis colegas filósofos y en los científicos sociales. Yo pienso que la manera de asumir estas profesiones —así como cualquier otra profesión universitaria— debe entre nosotros cambiar de modo radical. El estudiante de filosofía, por lo general, no hace más que recibir, a título de información erudita, un vasto cuerpo muerto, fosilizado. No se discuten las ideas de los griegos en relación con su tormentosa época. No se discuten las grandes reformas religiosas que dieron lugar al espíritu moderno, y mucho menos se las pone en relación con el surgimiento del capitalismo. Como decía Marx, los profesores no saben entroncar el pensamiento alemán con la realidad alemana. Y a Marx, al pobre Marx, se lo ha convertido en un pequeño fósil académico, apto para hacer cabriolas especulativas sobre cosas como el "ser genérico" —expresión que Marx rechazó violentamente a un año después de haberla escrito— y sobre un concepto de "alienación" desligado por completo de los grandes estudios económicos de Marx. Como diría Nietzsche cuando filosofaba con el martillo, estos profesores, que tan sólo viven para su sueldo, su prestigio, su propiedad privada y su automóvil, convierten a los filósofos del pasado en momias; son seres de mentalidad egipciaca. Todos ellos son sabiéndolo o no, fieles servidores del capital, productores de plusvalía ideológica, y Marx los echaría a patadas de su casa, como ya supo hacerlo en 1870 con los "marxistas" franceses, de quienes dijo la célebre frase:

"Lo único que yo sé es que no soy marxista".

En cuanto a los científicos sociales, viven en una perpetua

confusión, que transmiten a sus alumnos. Les endilgan una mezcla indigesta de marxismo manualesco y de estructural-funcionalismo, que es la antítesis del marxismo.

Afortunadamente, en este campo hay algunos espíritus claros, y en ellos hay que poner toda nuestra esperanza. Puede decirse que, en estos momentos, hay una pléyade de científicos sociales, casi todos marxistas, en Latinoamérica, que representan hoy por hoy la más clara alternativa para la construcción de un marxismo nuevo, creador.

Pero yo quería hablar de los médicos, y en particular de los médicos psiquiatras. En mis diversas hospitalizaciones — que le agradezco a los dioses de todo corazón y como poeta— he hablado con una gran cantidad de jóvenes médicos. Y he podido comprobar cómo viven inmersos dentro de una angustia. Su profesión médica, ejercida como un simple atender enfermos, los mantiene insatisfechos, paralizados en lo íntimo de su ser, alienados. Ellos quieren ser humanistas, quieren estudiar filosofía y ciencias sociales. De otro modo no serán capaces jamás de entrar en verdadero y real contacto con la problemática del enfermo. La mitad de las enfermedades de este mundo son psicosomáticas, y si no se indaga en el alma del paciente, y en su situación dentro del conflicto social en que vivimos, tan sólo podrán suministrársele paliativos, extraerle una hernia o un apéndice y cosas por el estilo. Los médicos tradicionales, salvo algunas excepciones, tratan de infundir en sus discípulos esa crapulosa ideología según la cual el enfermo no es sino un saco de carne y huesos que se debe observar y tratar como si se tratara de un perro. Tengo la experiencia de dos o tres médicos maduros que se han limitado a palparme negligentemente el hígado y que después emiten un soñoliento "¡Bah", "Que le den de alta y que tome vitamina B", sin preocuparse en lo más mínimo de lo que ocurre en el interior de mi tormentoso psiquismo.

Por eso me atrajo tanto la idea de conversar con un grupo de psiquiatras jóvenes, ansiosos de enterarse de los problemas que la filosofía y las ciencias sociales les presentan. Un

psiquiatra que no maneja la teoría de la ideología y la alienación que antes esbocé, no puede ejercer su profesión con toda eficacia científica. Pero hay algo que quiero subrayar enérgicamente. No se trata de un asunto de política, sino de un asunto estrictamente psiquiátrico. Yo no estoy diciendo que los psiquiatras deban ser marxistas o cristianos para poder ejercer con eficacia su profesión. Lo que sí les pido es que, dentro de sus parámetros de análisis, tengan en primer lugar el problema de la ideología de los pacientes. No la ideología política que ellos exhiban en su conciencia, que casi siempre no es más que un mampuesto semiteórico que les sirve de bastón, sino la ideología que el sistema capitalista ha depositado en sus entrañas, más allá de la conciencia. El célebre psiquiatra Lacan ha escrito que "el inconsciente está estructurado como un lenguaje". Esto no es más que una refundición de lo que decía Freud en su libro "El Yo y el Ello", donde decía que tanto el Preconsciente como el Inconsciente estaban compuestos de "restos mnémicos", articulaciones lingüísticas, impresiones visuales y auditivas. Freud se adelantó a su tiempo cuando indicó que el Preconsciente humano es el más vulnerable a los medios de comunicación.

Contra lo que se cree, a Freud no sólo le interesaba el Inconsciente como receptorio de las represiones infantiles de carácter sexual. También le interesaba el Preconsciente, zona en la que las representaciones no son conscientes pero que pueden llegar a serlo mediante la voluntad, a diferencia de lo que ocurre en el Inconsciente, donde las representaciones primitivas sólo pueden aflorar a la conciencia mediante el análisis, el psicoanálisis. Freud no se ocupó del problema de la ideología —no conocía los textos de Marx—, pero sí hubo otros, como Jung o el genial e incomprendido Wilhelm Reich, que se ocuparon de analizar, con el método freudiano, lo que ocurre en la "conciencia social". Así, Reich, que era marxista y freudiano al mismo tiempo —cosa que nunca le perdonaron— supo entender que el opuesto dialéctico de la ideología es la conciencia de clase. Cuando la clase oprimida adquiere

conciencia de clase se torna revolucionaria y deja de estar sujeta a la ideología dominante. Cuando uno observa una sociedad como la venezolana, se da cuenta de que, lamentablemente, en la clase obrera no existe casi el menor asomo de conciencia de clase, sino por el contrario, un deseo cada vez mayor de parecerse a las clases superiores. Viven dominadas por el capital, agradecen su salario como si en esto no viniese envuelta una explotación; viven dominados por la ideología que les transmiten los medios de comunicación, según la cual hay que beber el whisky de la marca Tal porque ese es el de "los que quieren y pueden", o hay que fumar tal cigarrillo porque fumarlo implica ser "clase aparte". Y lo que ocurre con los obreros más o menos calificados, ocurre de modo más dramático entre los marginados, quienes por definición están fuera del aparato productivo. Están fuera de ese aparato, pero están inmersos en la ideología del sistema, porque todos, invariablemente, ven televisión y oyen la radio. La situación mental del marginado es de alta potencialidad explosiva, porque ellos viven dentro de una contradicción, cuyos dos polos son, por una parte, las inmensas expectativas que les crean los medios de comunicación, y por la otra, al apagar el aparato de radio o TV, la miseria real y cotidiana en que se encuentran: su miseria, su noche mental, su alcoholismo, su delincuencia que comienza por ser inocente hurto y termina en el homicidio: todo, para ir a unas cárceles inhumanas, donde no se les rehabilita, sino que se les hunde cada vez más profundamente en el crimen.

Los psiquiatras deben tener en cuenta que nuestros medios de comunicación, con su exaltación comercial de los valores de cambio y del presunto prestigio que éstos ofrecen, están llenando desde hace décadas el preconsciente de los venezolanos de pura ideología capitalista, que es la ideología de que "el mundo es un mercado" y de que "el sistema capitalista es eterno, es la forma natural de ser hombres", cosa que viene adobada con frases sobre la democracia, frases bobaliconas, pues ya sabemos que la democracia, según la prac-

tican los países occidentales —o el socialismo oriental— no es más que un elegante disfraz para ocultar la explotación, la miseria y la corrupción. Por eso, el psiquiatra, si asume su oficio como un asunto holístico, de medicina integral, tiene que ser también un analista de la sociedad. ¿No se descubrió hace décadas el inconsciente colectivo? Así como hay que pescar en la psique del individuo las represiones ocultas, también hay que adivinarlas sagazmente en el alma colectiva. De ahí la importancia de que el psiquiatra sea un humanista y un científico social. El humanismo puede entenderse de dos maneras: desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista sistemático. Desde el punto de vista histórico, el humanismo occidental —que es muy distinto del oriental— comienza con los sofistas griegos. "El hombre es la medida de todas las cosas", decía Protágoras en la cita de Platón. En Grecia se creó todo un modelo de hombre, el *aristos*, el mejor y más distinguido por sus *aretai* o virtudes.

Entre los estoicos floreció la idea de la *philantropía*. Siglos después, en San Jerónimo, resucitó algo del viejo espíritu humanístico de la antigüedad. Posteriormente, en el siglo XII, en la Escuela de Chartres, con hombres como Juan de Salisbury o Bernardo Silvestre, hubo un primer renacimiento. Después, en los siglos XIV y XV, tuvo lugar la magnífica eclosión del Renacimiento, cuando se desenterraron los viejos textos y las viejas concepciones y se creó un nuevo tipo de hombre: el hombre renacentista preludeo del hombre moderno. Ya en el siglo XVI comenzó a declinar ese humanismo, y se quedó para siempre, hasta nuestros días, en un asunto de liceos y gimnasios donde se enseña griego y latín. Este humanismo está hoy en decadencia, pero yo soy de los que creen que debemos seguirlo cultivando, porque las lenguas y el pensamiento clásicos, como decía ese humanista que era Marx, tienen enseñanzas imperecederas.

El concepto sistemático de humanismo tiene su paradigma en la obra y en la actitud vital de Marx y de todo el movimiento socialista que desde hace dos siglos irrumpió en

el mundo; o tal vez más lejos, desde las grandes utopías del Renacimiento, entre las cuales destaca la de Tomás Moro, uno de los pensadores más revolucionarios que ha dado el occidente. Se trata de un humanismo que lucha por los oprimidos, por las clases explotadas, por esas clases que no pueden acceder a la educación "humanística" a la que pueden acceder los jóvenes de las clases dominantes. Se trata de un humanismo que no está sólo en función del cultivo espiritual que pueda recibir un hombre gracias a las facilidades económicas para instruirse; se trata, esta vez, de un humanismo armado, dispuesto a luchar violentamente, si es preciso, para conquistar un orden de vida más humano en el que todos puedan alimentarse y vestir decentemente, y todos tengan acceso a los templos donde se imparte la vieja cultura.

Este concepto deben manejarlo los psiquiatras. En su gran mayoría, los psiquiatras, cuando no se dedican lisa y llanamente a explotar a sus pacientes y embolsillarse sus economías, en el mejor de los casos se empeñan en la tarea de volver a la "normalidad" a sus pacientes. Se trata, según ellos, de acallar la psicopatía, de librar al individuo de ciertos problemas, de eliminar sus neurosis y, sobre todo, de reintegrarlo a la vida "normal". De todo ello resulta, por lo general, un individuo que queda permanentemente sujeto al psiquiatra —en una "transferencia inagotable"— y en lo demás apegado a las más burguesas y acomodaticias normas sociales. Los psiquiatras fabrican hombres leales al sistema; los castigan espiritualmente y los ponen a andar como sonámbulos al servicio del capital y de eso que Marx llamaba "las furias del interés privado".

Pero la labor del verdadero psiquiatra, el psiquiatra humanista y revolucionario, tiene que ser muy distinta. Repito: no es necesario que el psiquiatra sea marxista, o cristiano. Lo que se requiere es que trate a su paciente de modo tal que éste, en lugar de convertirse en un idiota al servicio del sistema, se convierta en un individuo crítico, subversivo si es posible. No sólo los marxistas están de acuerdo en que la

nuestra es una sociedad corrompida; muchos otros sectores también opinan lo mismo: el capitalismo es un sistema corrupto. El psiquiatra debe desenredar la madeja ideológica que reside en el preconscious y en el inconsciente del individuo para enseñarle que tiene que enfrentarse a una sociedad que le es hostil, y que tiene que luchar contra ella, o ser su observador crítico. Del diván del psiquiatra no deben emerger individuos conformistas, sino individuos revolucionarios, hombres que tengan el suficiente coraje como para querer transformar la sociedad en que viven. Los psiquiatras manejan las almas, y eso es muy peligroso cuando quien maneja las almas no tiene conciencia ni responsabilidad ante su misión sagrada. El psiquiatra tiene que ser subversivo, en el mejor sentido del término.

Psiquiatría, humanismo y revolución: he aquí un tema que dejo planteado para los amigos universitarios, y también para ese gran público que espera, pacientemente, en medio de la miseria del subdesarrollo, una orientación, un poco de belleza espiritual. ■



Biblioteca
OMEGALFA
ΩA